

POLITICA EXTERIOR DE LA SANTA SEDE

1. Con la clausura del Concilio Ecuménico Vaticano II ha comenzado aquella lenta, cuidadosa, atenta labor de interpretación de los textos elaborados por los máximos fundamentos del mundo católico: textos cuya importancia es acaso análoga a las mismas sesiones del Concilio.

Concluida la audiencia que ha visto reunidos en Roma a todos los representantes de la esfera católica, el pontificado de Pablo VI ha comenzado desde ahora a definir el estilo natural de un universalismo ecuménico. Sustancialmente todos los acontecimientos, las intervenciones y aclaraciones de la Santa Sede (incluso las políticas) han confirmado y redoblado la evidente inserción de la Iglesia en el mundo moderno. Puede decirse que tomando como base las nuevas directrices surgidas y desarrolladas en los últimos tiempos por la Santa Sede, la tarea de la política italiana ha de realizarse y controlarse cristianamente; pero con la misma medida y la mismísima evaluación con la cual son, por ejemplo, juzgadas las vicisitudes de la política francesa, alemana, o directamente la de Santo Domingo. Roma, sede del Papado, como herencia y patrimonio de un derecho divino, ha llegado a ser hoy al mismo tiempo un punto de referencia y de «partida» para una evangelización que no tiene límites.

En uno de los primeros mensajes radiados, es decir, el del 22 de junio de 1963, el nuevo Papa, dirigiéndose a los «hermanos separados» e injertándose por primera vez (como así se notó) con la autoridad suprema de Pontífice Romano en el diálogo ecuménico dijo así: «Abramos nuestros brazos a todos aquellos que se glorifican con el nombre de Cristo; les llamamos con el dulce nombre de hermanos y sabemos que encontrarán en Nos una constante comprensión y benevolencia; encontrarán en Roma la casa paterna que sublima y da valor con un esplendor a los tesoros de su historia, de su patrimonio cultural, de su herencia espiritual».

Respecto a los años precedentes, la política católica ha experimentado profundas transformaciones, no tanto por los diversos enfoques dado a la relación con el mundo moderno como por las innovaciones sobrevenidas en el contacto con los Estados soberanos.

La actitud de la Santa Sede bajo Pío XII, acaso uno de los más grandes pontífices que haya visto la catolicidad, sufrió los reflejos de situaciones estrechamente circunstanciales e influidas por acontecimientos que se grabaron de un modo determinante sobre el mundo entero.

Pío XII accedió a la sede de Pedro en la víspera de la Segunda Guerra Mundial, y por consecuencia la posición asumida por la Santa Sede se resintió de un modo evidente por el drama que la humanidad estaba viviendo. El Pontífice desempeñó una función de mediación, casi nunca sencilla y la mayoría de las veces difícilísima. El hablaba a una humanidad atónita, a jefes corroidos y enfurecidos por el ansia de los acontecimientos que caracterizaban el período que fué de 1939 a 1945. Sus intervenciones en defensa de la paz, en defensa de los derechos de los pueblos, para la tutela de los oprimidos, para la salvaguardia de los hebreos, para la de todos los perseguidos sin distinciones de raza, de fe política o de credo religioso tuvieron siempre el carácter de iniciativas extraordinarias adaptadas para enfrentarse con acontecimientos fuera de lo normal.

La intervención de la Santa Sede en el plano internacional estuvo realmente caracterizada hasta las últimas consecuencias por los acontecimientos que se desenvolvían en el sector bélico y por la grandísima, inmensa figura del Pontífice que no dejó nada por intentar para ahorrar a la humanidad luchas y ruinas. Respecto al perfil estrechamente político no puede, por tanto, decirse que presentase aspectos de particular relieve, salvo los ya indicados, que casi eran impuestos por el dramático desenvolverse de los acontecimientos.

Con el fin del conflicto no aflojó la acción de la Santa Sede, sino que incluso llegó a ser más intensa; más «empeñada» en la tentativa de resolver los grandes problemas intelectuales, de facilitar el proceso de reconstrucción entre los pueblos ayer enemigos. Por tanto, bajo cierto aspecto podemos decir que entre el período que fué de 1939 a 1945 y el inmediatamente sucesivo, existía en lo referente a la posición de la Santa Sede sobre el plano de la política internacional un hilo conductor extremadamente sólido. Después de la guerra, la Iglesia hizo sentir el peso de la propia autoridad en la tentativa de atenuar los antiguos rencores y activar el movimiento de comprensión entre las naciones; aquel movimiento que más tarde asumió las

POLÍTICA EXTERIOR DE LA SANTA SEDE

características del ecumenismo. No es, por tanto, erróneo afirmar que el iniciador del movimiento ecuménico fué, en su lúcida e inmensa visión, Pío XII.

Pero los problemas de la postguerra eran tales y tantos que la Santa Sede tuvo que consagrarse a ellos a fondo para dar una contribución relevante a su solución. Por ejemplo, la cuestión del Oder-Neisse se presentó a la Santa Sede como uno de los problemas más peligrosos para el equilibrio mundial y como una de las iniciativas más concretas que había que tomar en la tentativa de aproximar a dos naciones (Alemania y Polonia), a las que la nueva frontera, dictada por situaciones contingentes más que por una serena aplicación de las normas del derecho, había dividido profundamente.

Es inútil enumerar aquí todas las iniciativas de Pío XII para contribuir concretamente a la solución de los problemas internacionales. En 1957 la exhortación a la reconciliación internacional y antes, en 1953, el lúcido análisis de la existencia de los términos indisolubles (nación y comunidad); además de aquellos de la coexistencia en el temor, en el error y en la verdad tuvieron un peso relevante en la política internacional y definieron de una manera más que clara la contribución dada por la Santa Sede al proceso evolutivo en curso dentro del cuadro de las relaciones entre los diversos Estados.

En conclusión, podemos decir que durante el pontificado de Pío XII la política de la Santa Sede en la confrontación con los problemas internacionales fué caracterizada en el primer período por la tentativa de mitigar la aspereza que sacudía al globo, y en el segundo período por el deseo de borrar los rencores que la guerra había creado; de facilitar el proceso de revisión de las estructuras y las relaciones internacionales que el movimiento de aproximación entre las diversas comunidades estatales estaba activando.

Bajo el perfil estrictamente diplomático diremos que la Santa Sede mantuvo relaciones normales con los países que reconocían su posición soberana, y al menos en ciertos rumbos tenían con ella estrechas relaciones. En cierto modo podemos decir que la diplomacia vaticana estuvo caracterizada por una politización indefinida, aunque no en el pleno sentido que se atribuye a este término.

Durante el pontificado de Pío XII la Santa Sede mantuvo cuarenta y un Nuncios acreditados en los siguientes países: Argentina, Austria, Bélgica, Bolivia, Brasil, Chile, China nacional, Colombia, Costa Rica, Cuba, El Salvador, Ecuador, España, Etiopía, Filipinas, Francia, Alemania Federal, Japón, Guatemala, Haití, Honduras, India, Indonesia, Irlanda, Irán, Italia, Líbano, Li-

beria, Luxemburgo, Nicaragua, Holanda, Pakistán, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal, República Arabe Unida, Santo Domingo, Suiza, Uruguay y Venezuela.

Además tenía diecisiete Delegados apostólicos sin carácter diplomático, subdivididos del modo siguiente: Dependientes de la Sagrada Congregación Consistorial: Canadá, Gran Bretaña, Méjico y Estados Unidos. Dependientes de la Sagrada Congregación de la Iglesia Oriental: Arabia, Jerusalén y Palestina, Grecia, Iraq y Turquía. Dependientes de la Sacra Congregación de Propaganda Fide: Africa francesa, Africa meridional, Africa oriental y occidental británica, Australia y Nueva Zelanda, Congo belga, Corea, Indonesia y Tailandia.

En cambio, cerca de la Santa Sede estaban acreditadas cuarenta y siete representaciones diplomáticas: Argentina, Austria, Bélgica, Bolivia, Brasil, Chile, China nacional, Colombia, Costa Rica, Cuba, El Salvador, Ecuador, España, Etiopía, Filipinas, Finlandia, Francia, Alemania federal, Japón, Gran Bretaña, Guatemala, Haití, Honduras, India, Indonesia, Irán, Irlanda, Italia, Libano, Liberia, Lituania, Luxemburgo, Mónaco, Nicaragua, Holanda, la Soberana Orden de Malta, Pakistán, Panamá, Paraguay, Perú, Polonia, Portugal, República Arabe Unida, Santo Domingo, San Marino, Uruguay y Venezuela.

La existencia entre las representaciones diplomáticas acreditadas cerca de la Santa Sede de una embajada de Polonia y una legación de Lituania, más que una función jurídica tenían un valor moral y político de extrema importancia. En lo que se refiere a Polonia era el de indicar que la Santa Sede no reconocía el régimen comunista instaurado en Varsovia, sino que continuaba enlazándose con la Polonia católica y fidelísima de antes de la guerra (y tal estado de hecho era aún más significativo en cuanto que no existía un «Gobierno polaco en el exilio» al cual se refiriese la Santa Sede, en contraposición con el que operaba en Varsovia. Además, para mantener con vida esta representación, la diplomacia vaticana, aunque fuese implícitamente, expresaba un juicio máximo (y ciertamente no favorable a Varsovia) sobre la *vexata quaestio* de la frontera del Oder-Neisse.

Embajador de Polonia cerca del Pontífice era Casimiro Papée, acreditado el 24 de julio de 1939. En su calidad de más antiguo diplomático ejercía también el cargo de decano del Cuerpo diplomático acreditado cerca de la Santa Sede; y este imprevisto factor tenía un significado importante, por ser el de la existencia de una Embajada de Polonia no comunista cerca del Vaticano.

Sobre lo que concierne a la Legación de Lituania, su existencia era más que nada una afirmación de principio. La Santa Sede, como muchos países del mundo occidental, rechazaba la brutal agresión perpetrada por la Unión Soviética dañando a los Estados bálticos y continuaba reconociendo «de jure» la existencia de una nación lituana soberana.

Enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Lituania cerca del Pontífice era Stanislaw Girdvainis, que había presentado las cartas credenciales el 18 de octubre de 1939. La Legación de Lituania, mucho más activa que la de Polonia, tenía otro diplomático acreditado: el primer Secretario, Stasys Lozaraitis.

Es, por último, interesante subrayar que el Anuario Pontificio anotaba entre los países que tenían relaciones diplomáticas regulares con la Santa Sede a Checoslovaquia, Yugoslavia, Rumanía y Hungría, aunque las sedes diplomáticas eran indicadas como «vacantes».

Esta singular situación contrastaba de manera destacada con aquella que «de facto» y «de jure» había llegado a crearse entre Italia y los países del área comunista, puesto que Roma había reconocido rápidamente los regímenes instaurados con la violencia y el desprecio del derecho en Europa oriental. Un factor especial de no escaso relieve era, además, el hecho de que en la capital italiana funcionaban dos representaciones diplomáticas de Polonia: una comunista cerca del Quirinal y una anticomunista cerca del Vaticano.

2. Con el advenimiento al pontificado del Papa Juan XXIII cambiaron muchas de las directivas y de las líneas constantes de la política de la Santa Sede. Ante todo porque el paso desde la «época de Pío XII» a la «época de Juan XXIII» se resentía profundamente de los cambios sobrevenidos en el mundo; y después porque la dirección impresa por el nuevo Pontífice a la política vaticana siguió unas directrices bien determinadas y muy particulares.

El elemento base para comprender las mutaciones acaecidas es la encíclica *Pacem in terris*, que realiza de manera lúcida y clara aquel principio ecuménico que después encontraría actuación en el Concilio.

El Papa Juan XXIII intentó superar ciertas posiciones, más que refutando la validez de las tesis opuestas tratando de neutralizarlas en el plano del amor, la caridad y la fraternidad. En cierto sentido podemos decir que la política realizada en el curso del pontificado del Papa Roncalli tendía a confirmar el concepto del encuentro más que del choque; a actuar un proceso de vaciado gradual desde dentro, de las actitudes y las posiciones hostiles.

No hay duda de que en el plano emotivo los resultados alcanzados han

sido más que satisfactorios. Por ejemplo la visita de Adyubej al Vaticano valió para reafirmar la inmensa e insustituible función de la Iglesia en la confrontación de todas las posiciones y todas las teorías, incluso de aquellas hostiles.

Bajo el perfil político, el impulso impreso a la nueva corriente de encuentros, de contactos, de entendimientos, aguarda aún su confirmación. Por otra parte, el juicio definitivo sólo podría darlo la Historia, puesto que «el tiempo del Papa Juan» está ahora demasiado próximo para poder constituir el objeto de un análisis al nivel científico.

La apertura del Concilio Ecuménico, o sea de un acontecimiento profundamente sentido y querido por el Papa del amor y la comprensión, valió para confirmar el concepto ecuménico que Pío XII había ya bosquejado; el del abrazo con los hermanos separados; el de la mano tendida hacia las otras confesiones, incluso si este acontecimiento tiene carácter universal y circunda un poco toda la estructura del mundo católico, está fuera de dudas que sus repercusiones sobre las posiciones asumidas por la Santa Sede en el cuadro de la política internacional fueron de notable importancia, como lo demuestra la dirección adoptada por esta posición en la confrontación con una serie de problemas mundiales articulados a la luz y según las directrices del Concilio.

Desde el punto de vista de las relaciones diplomáticas de la Santa Sede con los otros países se ha tomado nota de que durante el pontificado de Juan XXIII fueron instituidas tres nuevas Nunciaturas: en el Senegal, en Siria y en Turquía (las cuales, hasta aquel momento, habían sido Delegaciones Apostólicas). Además, las Delegaciones Apostólicas dependientes de la Sacra Congregación de Propaganda Fide fueron subdivididas así: Africa Centro-Occidental, Africa Occidental, Africa Meridional, Africa Oriental, Australia y Nueva Zelanda, Congo, Corea, Indochina, Madagascar, Escandinavia y Tailandia. Las representaciones diplomáticas acreditadas cerca de la Santa Sede se remontaron a cincuenta con la apertura de tres nuevas sedes en Senegal, Siria y Turquía.

Una mutación de extrema importancia, al menos bajo su perfil moral, aportó al pontificado de Juan XXIII en lo referente a las dos representaciones diplomáticas de las cuales hemos hablado antes: las de Polonia y Lituania.

Con Juan XXIII continuaron regularmente las relaciones diplomáticas con las entidades que encabezaban las dos representaciones y que justificaban la existencia de dos organismos diplomáticos semejantes cerca de la Santa Sede. La Embajada de Polonia y la Legación de Lituania no fueron suprimidas y sólo cambiaron los factores sobre los cuales se basaban tales relaciones. Con una decisión jurídicamente desvinculada fué decidido que los titulares

de las dos representaciones habían presentado sus credenciales al Papa precedente. Para poder ser reconocidos también por el nuevo Pontífice era necesario que volviesen a presentar las cartas credenciales. Pero, evidentemente, esto no era posible, al menos en cuanto se refería a Polonia, dada la aludida inexistencia de un «Gobierno polaco en el exilio» que fuese contrapuesto al existente en Varsovia.

Por otra parte, aunque este Gobierno hubiese existido (y, en efecto, para Lituania existió de hecho), difícilmente lo habría reconocido la diplomacia vaticana, en cuanto la finalidad de la Santa Sede es la de reafirmar un principio y confirmar una situación *de jure* (permitiendo que permaneciesen abiertas dos representaciones diplomáticas como la polaca y la lituana), pero no la de iniciar una polémica política e ideológica que pusiese aún más en crisis las ya difíciles relaciones entre el Estado comunista y la Iglesia católica en Polonia, o convertiría en imposible la ya dramática situación del clero en Lituania.

Así, pues, fué decidido que las dos representaciones diplomáticas continuasen existiendo y funcionando regularmente. Solamente los dos titulares fueron desplazados al rango de «gerentes», es decir, custodios de las representaciones pero desprovistos de cartas credenciales. Así, el embajador Papée se hizo «Gerente de los asuntos de la Embajada de Polonia» y el ministro Girdvanis «Gerente de los asuntos de la Legación de Lituania».

Bajo el perfil estrictamente diplomático, los dos funcionarios continuaron gozando de particulares prerrogativas, como la inmunidad y la pertenencia al Cuerpo diplomático acreditado cerca de la Santa Sede.

3. La tercera fase de la política exterior de la Santa Sede, iniciada con el advenimiento al Solio de Pedro del Papa Pablo VI no se desvía de las dos precedentes en lo que se refiere a las principales constantes. Como para las fases precedentes, sólo en cierto punto puede decirse que la Santa Sede tenga una política exterior propia. Efectivamente, la presencia vaticana en el mundo se identifica y se confunde con la presencia mundial de la Iglesia, probando de nuevo la misión universal que este pequeño Estado, provisto de todos los atributos jurídicos de la soberanía, desarrolla hoy más que nunca.

La tercera fase se aparta de la precedente por el contenido. En efecto, si es verdad (como es verdad) que resulta imposible juzgar fenómenos, acontecimientos y manifestaciones a los cuales hoy asistimos y de los cuales somos partícipes más que espectadores, es igualmente verdadero que cualquier clase

de consideraciones sobre los elementos básicos de esta nueva política pueden hacer caricaturesca la espontaneidad de la evolución.

La primera y fundamental consideración que puede hacerse se refiere a la figura del Pontífice reinante. Pablo VI procede de cierta escuela, la escuela de Pío XII; una escuela que, incluso modificada por el transcurrir de los años, las situaciones mudadas y la existencia entre un período y otro de un pontificado imaginativo y determinante como el de Juan XXIII, proyecta sus reflejos en muchas de las situaciones actuales. Los años pasados en la Secretaría de Estado con el Papa Pío XII ciertamente han influido sobre la formación de quien después ha llegado a ser Pablo VI.

Ahora, en la línea máxima, nos parece que la política actual de la Santa Sede, en cuanto concierne a las relaciones internacionales, tiende a reanudar algunos de los más empeñados motivos de la que ya actuó con Juan XXIII: aquellos espléndidos movimientos, aquellos impulsos magníficos que todo el mundo admiró y amó. Pero se tiende a adaptarlos a las situaciones surgidas de los tiempos cambiados, a hacerlos adecuados a las circunstancias nuevas, a racionalizar los elementos emotivos llevándolos a un plano más orgánico y conveniente a las modificaciones acaecidas en los años que van desde Juan XXIII hasta nosotros.

La diplomacia vaticana no ha titubeado para moverse, tanto en sostén de las vacilantes estructuras de la O. N. U. como en defensa de la paz del mundo. El viaje y el discurso de Pablo VI en las Naciones Unidas, el viaje a la India, el viaje a Tierra Santa, las iniciativas de paz para el Viet-Nam son todos elementos que nos hacen comprender cómo la tendencia de la Santa Sede en lo que concierne a los problemas internacionales sea la de conferir un empeño cada vez mayor a las acciones desenvueltas por ella, gracias a una serie de intervenciones directas en los más cruciales problemas del mundo de hoy. Esta es, además, la directiva impuesta por el Pontífice desde el primer día en el cual accedió a la Sede de Pedro.

La Santa Sede, en este momento post-conciliar, prosigue su ecumenismo diplomático con una clara visión universalista. El Vaticano está desde ahora presente en la O. N. U. con su influencia «nacional y supernacional». Los contactos entre la diplomacia vaticana y los organismos de las Naciones Unidas que buscan una solución de la crisis política y militar que amenaza envolver Asia entera en un conflicto sin precedentes no tienen pausa. Y en los meses pasados destaca la entrevista entre el representante oficial de la Santa Sede cerca de la O. N. U., Monseñor Giovannetti, y el Secretario General, U Thant,

con la finalidad de poner a punto la situación y también para establecer la continuación de los esfuerzos para llevar las partes en conflicto hasta la mesa de la negociación.

Incluso sin conceder a las iniciativas vaticanas ninguna publicidad, éstas son tales que permiten esperanzas para la solución del conflicto vietnamita. Por tal motivo, las Nunciaturas Apostólicas de Europa septentrional, las Delegaciones Apostólicas de Extremo Oriente y otras personalidades continúan teniendo contactos y haciendo oportunas intervenciones cerca de los Gobiernos y de las organizaciones internacionales.

La expansión ecuménica está en continua evolución, con instituciones de nueva jerarquía en los países lejanos. Una verdadera transformación ha tenido lugar en estos últimos tiempos en las formas y las características de la diplomacia vaticana.

Las representaciones han sido divididas en «Nunciaturas Apostólicas» e «Internunciaturas Apostólicas».

Aparece por primera vez la figura del Pro-Nuncio. Este nuevo cargo actuará en los países donde aún no es posible dar al Nuncio el decanato *de jure* del Cuerpo diplomático. Desde ahora en adelante, en los países donde se verifica esta carencia podrán también ser establecidas Nunciaturas Apostólicas con un Pro-Nuncio con rango de Embajador. Hasta ayer la calificación de Pro-Nuncio era atribuida a aquellos jefes de misión que cuando eran nombrados cardenales permanecían en sus sedes incluso después del consistorio público.

Por ejemplo, el Nuncio en París, Monseñor Angelo Roncalli, futuro Papa Juan XXIII, creado Cardenal en el Consistorio del 12 de enero de 1953, permaneció en su sede después de aquella fecha y del período intermedio entre aquel consistorio y su regreso a Italia, tuvo la calificación de Pro-Nuncio.

El Pro-Nuncio, desde ahora en adelante tendrá su derecho de representación diplomática en aquellos países que no reconocen el decanato del representante vaticano, según las normas fijadas en Viena en 1815. Actualmente hay Pro-Nuncios en Indonesia, Kenya, Pakistán, República Arabe Siria, República Arabe Unida y Zambia.

Siempre para medir el espíritu de expansión diplomática de la Santa Sede es de notar que han sido erigidas en 1965 siete Nunciaturas, casi todas teniendo a su cabeza un Pro-Nuncio con rango de Embajador. Entre tanto se han establecido relaciones diplomáticas con Kenya, Malta y Zambia. Otros cuatro Estados han elevado sus Legaciones a Embajadas.

FRANCESCO LEONI

En el curso de este último año las Embajadas cerca de la Santa Sede se han elevado a cuarenta y nueve y las Legaciones a trece. En fin, para las sedes patriarcales, metropolitanas y episcopales existen cuatro nuevas metropolitanas, veintiocho nuevas diócesis, tres nuevas prelaturas, una nueva Administración Apostólica, cinco nuevos Vicariatos y cinco nuevas Prefecturas Apostólicas. Las sedes residenciales son 2.006, de las cuales 247 vacantes; las sedes titulares, 1.770, de las cuales 646 vacantes. Durante estos primeros años del pontificado de Pablo VI han sido creadas nueve sedes metropolitanas, ochenta sedes arzobispales y episcopales, nueve prelaturas, seis vicariatos apostólicos y siete prefecturas.

El puente ecuménico pasa desde ahora idealmente sobre todos los océanos y la acción que la Santa Sede desarrolla en el cuadro de los problemas internacionales refleja ampliamente el ansia pastoral de resolver al menos los más urgentes.

Por tanto, si se debiese dar una definición a estos primeros años de pontificado de Pablo VI, que han caracterizado en un sentido tan abierto la nueva política exterior de la Santa Sede, se podría decir que resalta ante todo por los «encuentros» a los cuales nos ha hecho asistir y por los contactos que ha establecido. Las funciones que hoy desenvuelve la Santa Sede en el cuadro de las relaciones internacionales reflejan plenamente la nueva dirección emprendida por el Concilio y se adaptan en cierto sentido a las innovaciones a que han sido sometidas las relaciones entre los Estados.

El mundo de hoy nos ha hecho asistir a numerosas modificaciones en el ambiente de la modernización de las estructuras nacionales y en el de la revisión de las relaciones entre los Estados. Es evidente que la Santa Sede no podía permanecer ajena a este proceso, que se va desarrollando completamente. Por consiguiente, ha confirmado ante todo su función principal, que es la de activar el movimiento para una paz duradera en el mundo, estimulando iniciativas idóneas para dar una contribución relevante a los problemas que en nuestros días pesan sobre los sectores más atormentados del globo. Y después ha proseguido actuando según las directrices políticas indicadas durante los pontificados precedentes con el fin de evitar soluciones de continuidad en una evolución que se expresa y hace evidente desde hace varios siglos.

Hemos examinado, aunque sea sumariamente, las constantes de la política adoptada por la Santa Sede ante los problemas internacionales en el curso del pontificado de Pío XII, y después durante el pontificado de Juan XXIII. Como ya se ha indicado, es demasiado pronto para expresar un juicio com-

pleto sobre la evolución de esta política en nuestros días, teniendo en la Silla de Pedro al Papa Pablo VI. Sin embargo, está claro que la relación entre los tres pontificados tienen en común algunos elementos inalterables, mientras que, en cambio, varían los procesos de adaptación a las circunstancias y las evoluciones de las mudanzas de los tiempos.

En todo caso la función que la Santa Sede desarrolló no tiene necesidad de aclaraciones. El espíritu ecuménico que se extiende en la Iglesia ha impreso una directiva bien definida a la política realizada por la Santa Sede al enfrentarse con los problemas internacionales. Esto como testimonio del hecho de que las repercusiones, las consecuencias, el éxito de aquel gran acontecimiento que ha sido el Concilio Ecuménico Vaticano II no se han agotado, sino que continúan grabándose de una manera determinante sobre toda la vida del mundo católico.

FRANCESCO LEONI

